

SOBRE LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO DE LAS CIUDADES-JARDINES EN EUROPA

ABOUT THE ORIGINS OF THE GARDEN-CITIES MOVEMENT IN EUROPE

Roger-Henri Guerrand*

RESUMEN

El texto recoge una síntesis breve pero muy eficaz de las ideas y contextos que, en toda Europa y en cada país del continente, guardaron relación directa con el nacimiento de las ciudades jardines. El recorrido propuesto en este artículo lleno de sugerencias sigue el avance del “evangelio” de la ciudad-jardín: comienza por Alemania, Francia y Países Bajos y continúa por los países adheridos al movimiento tras la guerra de 1914: Suiza, Bélgica y España.

ABSTRACT

This text collects a brief but very efficient synthesis about the ideas and contexts which, kept a very close relationship with the birth of the garden-cities all over Europe and in each of its countries. The itinerary proposed in this article, full of suggestions, follows the advance of the '*gospel*' of the Garden-City. It begins in Germany, France and The Netherlands and continues with the countries which joined the movement after the First World War: Switzerland, Belgium and Spain.

No es posible comprender el nacimiento ni el desarrollo del movimiento de la ciudad-jardín en Europa sin referirse a una corriente “mística”, a saber, el maniqueísmo urbano-rural: aflora permanentemente en determinados discursos, en particular a propósito del “dinero fácil” ganado en la ciudad por oposición al “adquirido con el sudor de la frente” por los campesinos. Los autores de la Biblia detestan las ciudades: Hénok, la primera aglomeración mencionada en el Libro, se revela como una fundación de Caín. Las ciudades cananeas fueron condenadas a la destrucción e incluso Jerusalén –por no hablar de Babel– será aniquilada.

* Historiador. Profesor emérito de la Escuela de Arquitectura de París-Belleville (Université Paris X). Miembro del *Conseil Scientifique CEDIAS-Musée Social* de Francia.

El optimismo urbano, aparecido en el universo de la antigüedad grecorromana, se desprenderá del control civil y religioso de la creación de las ciudades. Desde que el hombre se libera de ese ritual, un “desorden establecido” aparece: la segregación espacial se convierte en la regla que conduce a los enfrentamientos sociales. La sociedad industrial del siglo XIX, basada en el individualismo, ha engendrado metrópolis caóticas en las que las clases populares se corrompen en pudrideros de los que son responsables la codicia y el egoísmo.

A lo largo del siglo XIX, esta situación es unánimemente condenada por los reformadores de todas las familias espirituales. Es Charles Fourier –inventor de un hábitat comunitario que asocia Capital y Trabajo en un “Falansterio” instalado en el campo– quien denuncia, a partir de 1823, las “ciudades sucias y horribles” y las “aglomeraciones de chozas repugnantes”. El ingeniero Frédéric Le Play, fundador de las “Uniones de la Paz Social” durante el Segundo Imperio, se alinea en el mismo sentido cuando afirma que los franceses deben volver a convertirse en rurales, “como lo han sido los francos y como son todavía los anglosajones”. Así es la condición esencial de la reforma social y moral que debe imponerse tras la derrota de 1870.

Pero el odio por las ciudades se convertirá en uno de los más inquietantes cuando se ponga al servicio de una doctrina de muerte: éste será uno de los avatares del antisemitismo. Uno de sus teóricos más extravagantes, el ingeniero alemán Theodor Fritsch –cuya principal obra, *Handbuch der Judenfrage*, alcanzará 25 ediciones entre 1887 y 1894– imaginará en 1896 una ciudad implantada en el campo donde deberá realizarse la renovación de la raza alemana, ya que, según Fritsch, las ciudades de finales del siglo XIX son los paraísos del vicio al tiempo que una trampa tendida por los judíos a los campesinos. Es preciso permanecer en el campo: allí las virtudes viriles alcanzan su plenitud y se escapa al dominio de los usureros y los comerciantes judíos guardándose al tiempo del “delirio de emancipación de las hembras degeneradas”.

No sería este precursor del nazismo que había acusado a Howard de plagio quien fundase la *Deutsche Gartenstadt Gesellschaft* (DGG) en 1902, primera asociación en reconocer la primacía del británico. En 1905 agruparía ya más de doscientos miembros que representaban una elite de intelectuales, industriales, economistas, arquitectos y diseñadores, todos ellos adeptos de la “Reforma de la vida” –*Lebensreform*– por el vegetarianismo, las medicinas naturales, el nudismo, prácticas que necesitaban un nuevo entorno vital. Su primera realización aparecerá en Dresde. Denominada “Hellerau”, acogerá calurosamente al suizo Dalcroze, teórico de la gimnasia rítmica que construirá allí un templo, el santuario donde se enseñará la regeneración de la humanidad por la acción higiénica del ritmo.

En este mismo momento, en la periferia de Estrasburgo, el concepto de ciudad-jardín servirá a la municipalidad para una operación de urbanismo sin miras metafísicas. Se trata de la implantación del poblado de Stockfeld destinado a una clientela de empleados y obreros a los que se ofrecerá un entorno de casitas

unifamiliares con aire de granjas. En vísperas de 1914, la DGG se confirma como el mejor discípulo de Howard: participan en ella 56 ciudades-jardines incluidas algunas de Silesia y Polonia (y eso sin contar los conjuntos reservados al personal de determinadas empresas, como la Krupp en Essen).

Francia entra en acción en 1903. El *Musée Social* ha encargado a uno de sus miembros más jóvenes, el abogado Georges Benoît-Lévy, ir a ver lo que pasa al otro lado del Canal de la Mancha en relación con un asunto que figura en el primer plano de las preocupaciones de sus fundadores y especialmente de Jules Siegfried, promotor de la ley de Casas Baratas de 1894. De regreso, entusiasmado por su investigación, Benoît-Lévy, discípulo de Charles Gide, el economista teórico del cooperativismo, funda con él la *Association des cités-jardins de France*.

Contrario a las ciudades ensuciadas por la industria, Benoît-Lévy se inscribe, en primer lugar, en la línea de Le Play, quien defendía que las fabricas se situasen en el campo. Así, en el entorno natural, los patronos podrían jugar el papel de señores feudales como sucedía ya en Gran Bretaña e incluso en Francia: la *Société des Mines de Dourges* creará en 1906 un poblado-jardín de 420 casitas unifamiliares. La tentación de este paternalismo ilustrado será rápidamente rechazada por los militantes del *Musée Social*: ya no verán la ciudad-jardín como una forma de “poblado industrial”, sino como modelo de hábitat suburbano. Ya no más patronazgo, los residentes participarán en la gestión; ya no más propiedad, causa de todos los abusos, sólo régimen de alquiler bajo formas cooperativas.

Después de Alemania y Francia, les toca a los Países Bajos incorporarse a un movimiento que suscita un interés creciente en todas las naciones industrializadas. Incluso se puede reconocer a este país una cierta prioridad, ya que en 1885 un patrón filántropo había fundado en Delft una barriada con forma de jardín inglés: Agneta Park era una propuesta de un conjunto de casitas unifamiliares equipado con una escuela, un teatro y una cooperativa de consumo. La asociación holandesa de ciudades-jardines fue instituida en 1913 con las preocupaciones sociales siempre presentes en esta nación de fuertes tradiciones calvinistas que los sindicatos socialdemócratas no dejarán de denunciar.

Por otro lado, como pioneros del movimiento moderno en arquitectura, Berlage y los jóvenes maestros de la Escuela de Amsterdam rechazan, desde antes de 1914, la casa unifamiliar como tipo ideal. Sin duda, sueñan en todo momento con la alianza de lo construido con la naturaleza, pero acabarán prefiriendo la “ciudad-homigón” de las viviendas estandarizadas...

En los países aliados contra Alemania entre 1914 y 1918, la opinión pública tendió a creer que la Confederación Helvética había sacado partido de los acontecimientos. Pero una grave crisis social estalla en este país en 1918: el coste de la vida se había doblado desde 1914, los salarios no seguían la misma trayectoria y los alquileres aumentaban sin cesar. En materia de vivienda, el ideal cooperativo toma forma. Después de una exposición organizada por el *Werkbund*, la casita unifamiliar consigue el favor de los arquitectos y se convocan concursos.

El poblado-jardín de *Freidorf*, cerca de Bâle –150 casitas de 3 tipos– concebido por Hannes Meyer, un joven profesional de 30 años, encarnará el ideal de la época. Sin embargo, este maestro de la normalización de materiales, de la tipificación de las viviendas y del oasis preservado no tuvo descendencia. La ciudad-jardín se encontrará ahora un temible adversario en la persona de otro mito, Pierre Jeanneret, llamado Le Corbusier, el misionero de los bloques lineales y las torres.

Aún habiendo sido el primer país del mundo en dotarse de una legislación de vivienda social (1889), Bélgica había articulado ésta sobre el acceso a la propiedad, una promoción imposible para la mayoría de la población. Durante el primer conflicto mundial, numerosos arquitectos belgas se instalarán en Gran Bretaña y en los Países Bajos. Con algún retraso con respecto a sus colegas europeos, fueron fascinados por Howard y sus discípulos. Disponiendo de un modelo nacional, el *béguinage*, van a emprender la construcción de conjuntos de los que ofrece un ejemplo, con sus tejados inclinados, el Logis Floréal (1923), en la periferia de Bruselas. En toda Bélgica, promotores a los que no deja indiferentes la causa del pueblo multiplicarán los tipos de viviendas “económicas” para ciudades-jardines. En la mayoría de los casos se evitará cualquier aspecto “regionalista” y pronto se les calificará como “cubistas”, habida cuenta que la cubierta plana se impone...

Al menos hasta 1940, la ciudad-jardín se confirmará como una “imagen-guía” tanto para los arquitectos hostiles al movimiento moderno como para numerosos reformadores sociales como es el caso de Henri Sellier en la periferia parisina. El movimiento de las ciudades-jardines llegará a la Rusia zarista –allí se funda en 1905 una asociación de la que no sabemos nada– y también a España: los miembros del Instituto de Reformas Sociales, instituido en 1903 para informar y asesorar al gobierno sobre la legislación referente al bienestar de la población, estarán estrechamente ligados al *Musée Social* de París y ayudarán a crear colonias de casitas unifamiliares en propiedad que se dotarán de servicios –grupos escolares, duchas y baños, campos de deportes– y que se proclamarán ciudades-jardines.

Consideradas durante mucho tiempo como Tebaidas, las ciudades-jardines han sufrido, desde 1945 –salvo en Gran Bretaña– un cierto descrédito por parte de los planificadores encerrados en los esquemas de los discípulos de Le Corbusier. Por su gigantismo y su frialdad, los *Grands Ensembles* nunca llegarán a igualarlas. Sea como fuere, la felicidad en la ciudad será siempre una conquista moral inacabada. Si, para Cicerón, “la urbanidad representa una auténtica virtud”, la serenidad perfecta, según San Agustín, no se alcanzará sino en la ciudad de Dios...